



DesNudo

Mención especial en el III Concurso de relato Hiperbreve 'Que no nos jodan la vida'.

Albert González Farran

La vida de Ahmed ha estado siempre atada a un nudo. Nació con el cordón umbilical hecho un lío y no habría sobrevivido si su madre no hubiera alcanzado a tiempo la clínica. Pero fue en el ejército donde Ahmed aprendió a hacer todo tipo de nudos, algunos de los cuales le salvaron la vida: el nudo de leñador para encender hogueras, el de cirujano para pescar, el del rizo para guardar comida, el as de guía, la alondra, la mula, la mariposa y, sobre todo, el nudo-silla, con el que fue rescatado de un barranco. Tras varios años al frente, volvió a casa, flaco y cojo, pero feliz de ponerse al mando de la granja familiar. Las seis vacas que logró de la boda de su hermana las tuvo siempre bien atadas, como si fueran su seguro de vida. Pero con el calor y las malas cosechas quedaron tan enjutas, que ningún lazo pudo evitar su muerte encadenada. La imbatible sabiduría de sus abuelos fue estéril. Pero con sus nudos, Ahmed siguió amarrando lo que pudo, para salvarlo de tempestades imprevistas, y fondeando pozos, para afrontar sequías cada vez más eternas. Al final, el cereal que plantaba, y luego malvendía, acabó por chupar toda el agua que quedaba. Cuando los avatares estaban ya completamente desasidos, con un nudo en la garganta y a merced de una ayuda internacional exigua, solo le quedó un cabo suelto: ningún nudo fue tan definitivo como el que le sirvió para atarse una soga al cuello.